

TOCQUEVILLE: EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA*

François Furet

Traducción de Rubén Sierra Mejía

La espectacular originalidad de Tocqueville, en la historia del pensamiento político, es el descubrimiento de América. Tocqueville hizo su famoso viaje en 1831, a los veintiséis años; en 1835 publica la primera parte de *La democracia en América*, y cinco años más tarde la segunda. Hizo célebre a los treinta años, nuevo Montesquieu del siglo XIX, a costa de un desplazamiento en el espacio que su predecesor no habría siquiera imaginado. Ya no se trata de hacer una tipología de los regímenes políticos enriqueciendo a Aristóteles con el análisis de los Estados europeos, sino de estudiar la democracia moderna allí donde se desarrolló sin trabas, en ese pequeño apéndice americano de Europa, fundado por disidentes de la Revolución inglesa, para comparar sus rasgos con los de la democracia francesa, nacida en la tempestad de fines del siglo XVIII.

Pues Tocqueville, cuando se embarca, entonces muy joven, ya tenía en mente la idea que lo hará famoso. Retrospectivamente es cierto, lo dijo en una carta a su amigo íntimo, Kergorlay, en 1835, en el momento de la aparición del primer volumen de *La democracia*. Le expone en primer lugar que siendo inevitable el camino a la igualdad, el problema central de la época es el de saber si ésta es compatible con la libertad. Agrega luego: "No es pues sin haber reflexionado detenidamente al respecto que me decidí a escribir el libro que publico ahora. No se me oculta lo que mi posición tiene de enojoso: no debe atraerme las vivas simpatías de nadie. Los unos encontrarán que en el fondo no me gusta la democracia y que soy severo con ella; los otros pensarán que propicio imprudentemente su desarrollo. Lo que me haría más afortunado sería que no se leyera, y esa es una suerte que quizás me llegue. Veo todo eso, pero he aquí mi respuesta; hace ya casi diez años que pienso parte de las cosas que ahora te expondré. No estuve en América más que para aclararme este punto. El sistema penitenciario era un pretexto: lo tomé como

un pasaporte que debía hacerme penetrar por doquier en los Estados Unidos. En ese país en que encontré miles de cosas inesperadas, advertí muchas acerca de las cuestiones que tan a menudo me ha planteado.

"Hace ya casi diez años...". Esto lo escribe Tocqueville en 1835, y él había nacido en 1805: tenía entonces apenas más de veinte años cuando no dejaba de plantearse las "cuestiones", como él dice, que debían conducirlo a América, y de las que dan testimonio sus Apuntes de viaje, tan pronto como puso pie en el suelo americano. Caso relativamente raro, me parece, en la historia del pensamiento, de un conjunto de problemas conceptualizados tan pronto, y destinados a monopolizar toda su actividad intelectual, de la "Democracia" al "Antiguo régimen". Sainte Beauve, como siempre, lo comprendió bien cuando a propósito escribió, no sin cierta malevolencia: "Comenzó a pensar antes de haber aprendido algo". Retomando la misma idea bajo otra forma, puede decirse que ofrece el prototipo de una inteligencia extremadamente intelectualista, que no "aprendió" jamás sino en el marco de lo que había pensado previamente. En Tocqueville, nada fue registrado gratuitamente, por el placer de saber. El viaje a América, como la historia de Francia o Inglaterra, es un elemento de la experimentación sistemática de ese espíritu deductivo.

Queda por comprender, cómo y por qué, aquello que lo lleva a tratar de hacer, río arriba, la historia de sus "pensamientos". Si la cuestión que debía ocupar su vida se conformó muy temprano, me parece que fue porque se construyó sobre un zócalo que no es de orden intelectual sino simplemente existencial: el joven Tocqueville pertenece al mundo derrotado por la Revolución francesa. Como a sus contemporáneos, como a toda su generación, le produce el sentimiento de la desaparición del mundo, aquel a que pertenece su familia, condenada por la marcha irreversible de la historia. Sentimiento que nadie mejor ha cantado que su ilustre pariente Chateaubriand, cuya per-

* Magazine Littéraire, No. 236, Dic. de 1986.

sonalidad, por esta época, domina todo el paisaje intelectual francés, y que, también en Chateaubriand, está acompañado de la convicción del triunfo inevitable de la "democracia". Pero lo que caracteriza al joven Tocqueville en la generación que sigue inmediatamente a la de los contemporáneos de la Revolución francesa, es hacer de esa convicción no una obra literaria, sino una explotación conceptual. En ese espíritu inclinado a la abstracción, el famoso "destino" romántico toma la forma de un sistema de ideas.

Sistema que presenta enseguida la particularidad de no discutir jamás su fundamento, a saber la irreversibilidad de la democracia en la historia como principio moderno de su organización de lo social. A diferencia de Marx, por ejemplo, para quien el sentido de la historia es demostrable, y el fin del capitalismo deducible de las leyes económicas que lo gobiernan, en Tocqueville la victoria de la democracia es un axioma que condiciona la cadena de argumentos y de razonamientos, y que le es previo. Es el punto de partida de su pensamiento, traducción abstracta de su experiencia vivida y de la de su medio social. Pues lo que le interesa, a lo que va a dedicar su vida, no es a discutir esta evidencia, menos aun a trampear con ella, sino por el contrario explorar sus consecuencias. Tocqueville acepta, como un dato inevitable de la historia, la derrota del mundo al cual pertenece, el fin del principio aristocrático o inigualitario; pero lo que busca comprender es en qué medida la victoria del principio inverso deja oportunidades a la libertad. Su problema es menos el de las causas de la igualdad que el de sus consecuencias sobre la civilización política.

Sobra decir que es el de la Revolución francesa, obsesión de todos los liberales franceses bajo la Restauración. En efecto, la Revolución francesa que signa el triunfo de la democracia en la historia de Francia y del mundo, presenta la particularidad de haber sido sucesivamente liberal e iliberal, de haber hecho suceder 1793 a 1789, antes de cerrar su desarrollo con una dictadura infinitamente mucho más absolutista que el poder real al que puso fin. Paradoja aparente que no incomoda a los contrarrevolucionarios, hostiles en conjunto a la Revolución, ni a los neojacobinos, partidarios en bloque de la Revolución, sino que plantea una cuestión fundamental, desde el final del siglo XVIII, a todo el pensamiento liberal francés. Esta cuestión fue primero planteada por los termidorianos, durante el Directorio, bajo la forma de la necesidad de una libertad republicana; luego, tras la caída de Napoleón I, a través de la voluntad de

afirmar el régimen representativo de la Carta de 1814; finalmente, después de 1820, en el combate por derrocar la reacción ultrarrealista y restaurar la monarquía parlamentaria. En todos estos casos, el fin es el mismo, poner término a la Revolución francesa por medio de instituciones libres. Y en todos estos casos, el modelo es el mismo, no América, demasiado republicana para un viejo país monárquico como Francia, donde la República es inseparable de los malos recuerdos de 1792-1793, sino la Inglaterra de 1688, revolución coronada por la fundación estable del régimen parlamentario.

Pues todos esos liberales son comparatistas, preocupados por relacionar la historia de Francia con otros casos, y en eso Tocqueville será un heredero. El primero de ellos –por orden cronológico– es probablemente Necker, el antiguo ministro de Luis XVI, quien no deja de reflexionar sobre su fracaso de 1789, y consagra varios libros a comparar el curso trágico de la Revolución francesa con el equilibrio de las instituciones inglesas, imitado por los fundadores de la República americana. Su hija, Madame de Staël, retoma y sistematiza el tema en su libro póstumo publicado con el título de *Consideraciones sobre la Revolución francesa*. Pero ella, que escribe a comienzos de la Restauración, se esfuerza más bien en cerrar la brecha abierta por Burke en 1790 entre las historias francesa e inglesa, y abrir a la monarquía francesa que regresa la vía de una monarquía constitucional "a la inglesa". Ocasionalmente, liga a su admiración por la constitución inglesa un elogio de su retoño americano, y no se puede dejar de pensar que el joven Tocqueville debió soñar con frases como ésta: "Qué hay de más honroso para la especie humana que ese nuevo mundo que se establece sin los prejuicios del antiguo; ese nuevo mundo donde la religión está en todo su fervor sin que necesite del apoyo del Estado para mantenerse; donde la ley impere por el respeto que inspira, aunque no la sostenga ninguna fuerza militar? ¡Ay!, puede que Europa esté destinada a presentar algún día, como el Asia, el espectáculo de una civilización estacionaria, que no habiendo podido perfeccionarse, se ha degradado".

Después de 1820, y del asesinato del heredero al trono, el duque de Berry, por un obrero republicano, la "monarquía según la Carta" se aleja y deriva hacia los ultrarrealistas. Ese regicidio anticipado (pues el asesino confiaba extinguir por medio de su acto la dinastía de los borbones) hace pasar los liberales a la oposición. Sus líderes, y en primer lugar Roger-Collard y Guizot, cerebros del

grupo de los Doctrinarios, retoman en lo sucesivo la referencia inglesa contra la monarquía restaurada en Francia. Al mismo tiempo que la historia de Francia, Guizot escribe la historia de Inglaterra, para mostrar hasta qué punto las dos historias están compuestas de los mismos elementos, aristocracia, monarquía, democracia, dispuestos en cada una de ellas de manera diferente: pero después de todo, ambas deben conducir al mismo fin, la libertad de los individuos y de las instituciones representativas. 1688 muestra más que nunca la vía a la historia contemporánea de Francia.

Ahora bien, la comparación franco-inglesa también está en el punto de partida de las reflexiones del joven Tocqueville. En efecto, éste comenzó muy joven, al mismo tiempo que preparaba su licencia de derecho en París, los estudios comparados sobre la historia de Francia y la historia de Inglaterra. Ya en enero de 1825 –tenía apenas veinte años, la edad en que afirmará más tarde haber comenzado a plantearse las cuestiones que terminaron por conducirlo a América–, su antiguo profesor de retórica del liceo de Metz lo felicitó por haberse lanzado a investigaciones de ese género: “Lo difícil era comenzar y hacerse a un método. Usted ha tomado el mejor: Francia e Inglaterra siempre en la mira”. De hecho, la correspondencia de juventud de Tocqueville da testimonio de su aplicación al trabajo en esta dirección: se lo puede constatar con la lectura de la larga carta que escribe a Gustave de Beaumont el 5 de octubre de 1828, consagrada completamente a un comentario de la historia inglesa.

Esa historia inglesa, en la que Guizot y sus amigos veían el porvenir de Francia, a través de la idea de un compromiso entre la monarquía y la Revolución (y para ellos éste será el sentido de julio de 1830), Tocqueville no puede ver en ella, sin embargo, más que un frágil rodeo, en vilo sobre dos principios contradictorios. En efecto, nada tiene él que lo lleve al compromiso. Demasiado joven para tener intereses políticos que atender, es sobre todo muy ajeno a la burguesía para sentirse ligado, como Guizot, al destino de una clase victoriosa. Su pertenencia al mundo vencido le da a la vez más libertad con relación al presente y más profundidad en la apreciación de la conmoción sucedida. La democracia no es negociable, pues ha triunfado; quizás se podrá moderar sus efectos en el plano político, pero dentro de sus propios principios, y no recurriendo a principios inversos. Hipótesis que aparece inseparable del viaje americano, pues desde la segunda carta que escribe desde los Estados Unidos a Kergorlay, el 29 de junio

de 1831, hace su aplicación a Francia a partir del ejemplo americano, remontándose a las causas de la caída de Carlos X: “...forzosamente me veo llevado a pensar que los borbones, en lugar de reforzar ostensiblemente un principio aristocrático que muere en nosotros, habrían debido trabajar con todo su poder en dar a la democracia intereses de orden y de estabilidad”.

La curiosidad central de Tocqueville es pues, desde muy temprano, la explicación de todas las consecuencias del concepto de democracia, considerado como principio de organización dominante, e inevitable, de las sociedades modernas, comprendido su aspecto político. De donde su rechazo de los regímenes mixtos, su crítica de la Carta de 1814, su precoz originalidad en relación a Guizot y a los Doctrinarios. De donde también el abandono del ejemplo inglés, con el que había comenzado sus trabajos ese espíritu inclinado al análisis comparado. En efecto, si es a partir del principio democrático que hay que analizar y organizar el porvenir de las sociedades, la referencia a una sociedad que ha permanecido aristocrática pierde su objeto, y se invalida el modelo político “mixto” de 1688. En esta época, por lo demás, aunque algunos observadores veían amenazada a Inglaterra por una revolución democrática francesa, ella se encontraba por el contrario en vísperas de recibir su conocido repertorio. De todas formas, aristocrática, mixta o prerrevolucionaria, nada ofrecía a quien tenía por preocupación principal estudiar el porvenir de las sociedades democráticas.

Es pues porque no responden al problema que se plantea, por lo que Tocqueville abandona sus estudios de historia comparada franco-inglesa, e incluso la idea de un viaje a Inglaterra, que tanto deseaba realizar al salir de su adolescencia. Entre el otoño de 1828 (fecha de su carta sobre la historia inglesa) y el otoño de 1830 (fecha verosímil de la decisión americana, después de la Revolución de julio), rompe el recorrido clásico del intelectual liberal de su generación: ya no es su prioridad el estudio del nacimiento de las instituciones libres, sino la democracia como tipo de organización social. Inglaterra fuera de juego, cómo hacer? Tocqueville, como se ha visto, ha manifestado muy joven su inclinación por el método comparativo, inseparable de su personalidad: lo había aprendido no solamente en Guizot, sino en Montesquieu, uno de sus autores preferidos. Necesitaba pues un *tertium quid* con que comparar la democracia francesa: una experiencia histórica que fuera más “avanzada” (es decir, donde la democracia hubie-

ra manifestado más completamente sus consecuencias) y no menos, como en el caso inglés; y al mismo tiempo muy diferente en sus modalidades, de manera que le permitiera evaluar lo que las particularidades de la democracia francesa debían a su origen revolucionario. Es en este espacio intelectual que descubre los Estados Unidos.

En el origen del viaje americano está pues la separación, operada por Tocqueville, entre la idea de democracia y la idea de revolución: separación que marca su profunda originalidad en la filosofía política liberal de la época, si se piensa por ejemplo que Guizot no llegará jamás a concebirla. La superioridad de Tocqueville es una superioridad de abstracción: consigue disociar el concepto de democracia de su referencia empírica, la Revolución francesa, de manera tal que puede interpretar a través de él una democracia no revolucionaria, América, y una democracia revolucionaria, Francia. El mismo pensamiento que lo libera de la obsesión de la Revolución francesa, característica de toda su generación, le da la idea del viaje a América. Se trata de poder elaborar una teoría de la sociedad democrática con la cual relacionar el caso francés: menos para leer en ella el porvenir de Francia que para medir el alcance de ese acontecimiento singular que es la Revolución francesa. Es la capacidad de operar abstractamente esa descentración de la historia de Francia lo que marca la originalidad precoz del genio de Tocqueville.

Que ésta fue la razón profunda del viaje, lo atestiguan textos menos tardíos que las cartas de 1835 a Kergorlay. Otra carta capital sobre el tema, siempre a Kergorlay, es la del 29 de junio de 1831 (o sea, poco después de su llegada, a la que ya hice mención). Allí indica Tocqueville muy claramente el objetivo comparatista de su empresa. A sus ojos, Estados Unidos constituyen una democracia pura, sin mezcla de ningún principio aristocrático, residual o renaciente: "He oído decir en Europa que había una tendencia aristocrática en América. Se equivocan quienes tal dicen. Es algo que afirmaré gustosamente. Por el contrario, la democracia está en plena marcha en ciertos estados o en toda su extensión imaginable en otros. Está en las costumbres, en las leyes, en la opinión de la mayoría. Quienes se le oponen, se ocultan, y se ven obligados a tomar sus propios colores para avanzar".

Así, Tocqueville trabaja, desde el comienzo de su estadía americana, en un sistema en dos dimensiones, en el que los Estados Unidos representan el polo democrático puro, pues allí no existe si-

quiera la tendencia aristocrática. Simplifica de ese modo la red conceptual de Guizot y de los Doctrinarios, suprimiendo el tipo ideal del régimen monárquico, comprendido entre el aristocrático y el democrático: ya no piensa en términos históricos sino sociológicos. Por esto, los dos principios de organización social que retiene, la aristocracia y la democracia, engloban y caracterizan todos los niveles de las sociedades, tanto el político como el social. Pero en Francia la democracia ha invadido la sociedad civil, mientras el régimen político de la Restauración es aristocrático. En los Estados Unidos, por el contrario, reina en todas partes y completamente.

Ahora bien, Tocqueville se convenció después de muchos años de que, como lo escribió en esta misma carta, "vamos hacia una democracia sin fronteras, empujados por una fuerza irresistible". A este respecto, la Revolución de julio de 1830 seguramente jugó en su espíritu un papel decisivo de confirmación, pues ella abatió el régimen mixto de la Carta. Comparando, siempre en la misma carta de junio de 1831, a Estados Unidos y Francia, desde el punto de vista de la nivelación social que en los dos países realiza la igualdad sucesoria, indica que esta evolución de las leyes civiles invadirá forzosamente el dominio de las leyes políticas: "Aplicando esas ideas a Francia, no puedo dejar de pensar que la Carta de Luis XVIII era una obra necesariamente transitoria: había creado instituciones aristocráticas mediante leyes políticas y dejaba en las leyes civiles un principio democrático tan activo que en poco tiempo socavaría las bases del edificio que erigía. Los errores de Carlos X sin duda aceleraron con mucho el movimiento, pero marchabamos sin él".

Así, julio de 1830 probablemente tuvo una influencia capital sobre la decisión de emprender el viaje americano, pero no por las razones circunstanciales que generalmente se invocan con base en su propio testimonio: la situación "delicada" del retoño de una familia legitimista después de prestar juramento al nuevo régimen. No que esta coyuntura no haya podido jugar un papel accesorio en el deseo de alejarse un poco. Pero no explica nada de lo que hay que explicar –el destino del viajero. Lo que aportó julio de 1830 a ese espíritu inclinado a la deducción abstracta fue sobre todo la confirmación de sus ideas: el régimen bastardo de la Carta había caído a causa de su propia contradicción interna, y la democracia revolucionaria había retomado su marcha adelante a pesar del cambio de dinastía. Esta marcha no podía conducir, al final, más que a "un gobierno absolutista o a

la república". Tocqueville parte a los Estados Unidos para ver cómo, en qué condiciones, el reino indiviso de la democracia, que era también la historia de Europa, había conducido a la República americana, es decir, al gobierno del pueblo por sí mismo.

El examen de sus *Apuntes de viaje* confirma esta interpretación. En efecto, la idea que constantemente regresa a su pluma de viajero, tan pronto como pone pie en territorio americano, es la de una sociedad que se administra a sí misma, sin tener necesidad de un gobierno. Es la actividad individual de cada ciudadano la que constituye la soberanía de su conjunto. Por medio de la completa democracia, el hombre recobra la libertad del salvaje, pero a otro nivel y por otras razones. El primitivo, al no tener más que necesidades elementales, no se ocupa en formar una sociedad para satisfacerlas. El civilizado, ser social y complejo, conserva su autonomía y su libertad controlando sus pasiones por medio de sus luces. Signo de que Tocqueville ya está impregnado no sólo de Montesquieu sino también de Rousseau; testimonio, sobre todo, de que el viaje americano era una manera de responder, con el método del primero, a una cuestión planteada por el segundo: cómo pensar una sociedad compuesta de individuos iguales y libres. Si los Estados Unidos han llegado a ser la prueba de esa indignación imaginada a partir de elementos suministrados por la historia de Francia, es justamente porque la Revolución francesa, de 1789 a julio de 1830, no permite más que dar respuestas confusas y contradictorias.

Sin embargo, la democracia americana también nació de una revolución. Pero se trata de una revolución muy particular, pues dispensó a sus autores del combate contra el antiguo mundo aristocrático, evitándoles por consiguiente las pasiones inherentes a ese combate. Los Estados Unidos nacieron de la disidencia democrática de una sociedad aristocrática, pero de una disidencia sin lucha, pues se trata de una emigración y de una reubicación en un terreno virgen. Por esta razón Tocqueville singulariza el concepto de la Revolución francesa (con relación a la revolución democrática en general), haciéndola inseparable del conflicto y de las pasiones que llevaba; por esto, de otra parte, regresa a la historia inglesa en forma simplificada, pues el americano es el inglés democrático. Su viaje, o aún mejor, su idea del viaje, le permite así superar el viejo dilema de la filosofía política francesa, que consiste en darle categoría a Inglaterra. Posee al fin una Inglaterra químicamente

pura, una vez pasada la criba americana: "el americano es el inglés librado a sí mismo".

Qué quiere decir con eso? Para comprenderlo, es necesario entender la noción de "carácter nacional" de un pueblo, que toma de Montesquieu. El viajero, en sus *Apuntes*, es sensible a la permanencia de los rasgos nacionales en las poblaciones expatriadas, colocadas por tanto fuera de su contexto histórico-social: los franceses en Canadá o los alemanes en Pensilvania. Los primeros permanecen impermeables a la influencia inglesa, los segundos han conservado el ancoraje de sus tradiciones en medio del barullo americano. Los Estados Unidos son una nación demasiado reciente para compartir recuerdos comunes, hábitos, creencias, ideas heredadas. Pero lo que ya tienen de carácter nacional, es precisamente esa ausencia de recuerdos, de hábitos, de creencias y de ideas: en esta sociedad que nada estabiliza ni consolida, que ningún elemento unifica, no existe más que un nexo que puede unir a los hombres, y es el interés. De donde los rasgos dominantes de la joven República, que son la inclinación al dinero, la movilidad, la inquietud, la pasión sin fin del éxito material.

Ahora bien, esos rasgos forman para Tocqueville el fondo del carácter inglés. A decir verdad, es esta una idea que visiblemente no se encuentra al comienzo, pues por el contrario, en sus *Apuntes*, en diciembre de 1831, indica lo que probablemente fue su hipótesis original: que los ingleses representan por excelencia el carácter aristocrático, opuesto al de los americanos, pues su historia y su estado social son la ilustración del régimen aristocrático. Pero un mes después, en enero de 1832, ha transformado el sentido de la referencia inglesa con relación a los Estados Unidos: "América presenta la imagen más perfecta, en lo bueno y en lo malo, del carácter especial de la raza inglesa... Todo lo que es brillante, generoso, soberbio, fastuoso en el carácter británico, todo eso es aristocrático y no inglés".

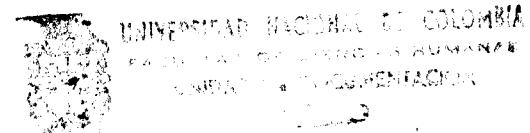
En una primera fase, entonces, para Tocqueville no existe carácter nacional independiente del principio social dominante: los ingleses son aristócratas en Inglaterra, demócratas en América. Salidos de una cepa común, los dos pueblos manifiestan principios contradictorios, y Tocqueville fue a ver en los Estados Unidos lo contrario de Inglaterra. Pero la nota de enero de 1832 hace a la inversa la hipótesis de un carácter nacional exterior o preexistente al estado social. En efecto, lo que Tocqueville anota como fondo del carácter

democrático americano, el espíritu calculador y razonado, el egoísmo frío y tenaz, el gusto del dinero, el orgullo del éxito —allí ve la verdad del carácter inglés. La democracia realiza esa vuelta a un fundamento étnico, y casi presocial, despojándolo de lo que le ha agregado la sedimentación de siglos de aristocracia. Como en el caso de la libertad individual, es un retorno civilizado a un origen lo que quizás fundamenta su carácter ineludible.

Así, la democracia es el zócalo del genio inglés, pues sólo ella concuerda con las cualidades de la raza. La aristocracia ha recubierto ese fondo primitivo, porque ha dominado la historia de la nación. En cierto sentido, mientras los americanos alemanes permanecen alemanes, sólo los americanos ingleses son completamente americanos, americanos por excelencia, pues ellos realizan y manifiestan el retorno de los ingleses a su verdadero carácter. Pero si los americanos son la verdad de Inglaterra, es porque implícitamente Tocqueville hace de la historia inglesa, y de la revolución inglesa del siglo XVII, un análisis muy diferente de aquel que contiene su carta de 1828, y contradictorio en todo caso con el Guizot y los hombres de Julio. La verdadera revolución inglesa no es la de 1688, ni siquiera la de 1648; es la emigración, la nueva Inglaterra, pronto República de los Estados Unidos. La democracia hizo irrupción en América con tanto más fuerza en cuanto apelaba a sus orígenes; se ha mantenido con tanta más plenitud en cuanto ha sabido, en lugar de combatir, atravesar el océano para crecer. Por lo que Tocqueville recupera, vía Inglaterra esta vez, la comparación con la Revolución francesa.

Los Estados Unidos constituyen entonces el concepto y el terreno a partir de los cuales resuelve el problema clásico de la historia comparada francesa e inglesa. Me parece claro que desde 1831, durante los primeros meses del viaje, busca analizar la sociedad americana a través de un doble juego de comparaciones. Por una parte va a utilizar la pareja Inglaterra-Estados Unidos para comprender la oposición entre sociedad aristocrática y sociedad democrática fuera de todo conflicto revolucionario: oposición tanto más pertinente cuanto América le ofrece, simultáneamente, un sustituto de Inglaterra, y su verdad; y porque se trata de un mismo pueblo, dividido en el espacio, permaneciendo una parte aristocrática, eligiendo la otra la democracia. Por otra parte, la pareja Francia-Estados Unidos va a permitirle evaluar y comprender los efectos de la destrucción previa de la aristocracia, es decir de la revolución, sobre la democracia francesa del siglo XIX; oposición tanto

más pertinente en cuanto se apoya sobre dos naciones que por igual aman la igualdad, pero cuyas instituciones y evolución política son espectacularmente diferentes. Lo que da a los Estados Unidos su valor central es que son, en relación con Inglaterra, una revolución democrática radical, y con relación a Francia, una democracia radicalmente no revolucionaria. El viaje americano simplifica las dos historias europeas en las que Guizot había leído la historia del mundo; mejora su carácter comparativo relacionándola con una tercera experiencia que encarna el rigor de los conceptos. Por lo que constituye mucho más que un viaje: un hallazgo filosófico.



François Furet. Historiador francés. Autor de *Penser la Révolution y La gauche et la révolution*.



Picasso: Mujer con niño bajando la escalera (Boceto para **Guernica**). Dibujo a lápiz sobre papel.